LA REFIGURACIÓN DEL MUNDO DEL TEXTO EN LA PROPUESTA HERMENÉUTICA DE PAUL RICOEUR

FRANCISCO JAVIER HIGUERO
Wayne State University - Detroit

1.- El conocimiento como pertenencia

Una lectura atenta de los escritos de Paul Ricoeur evidencia inmediatamente que, desde el punto de vista de la crítica literaria, no deben buscarse en ellos ni la elaboración de relevantes taxonomías clasificatorias, ni tampoco de nuevas modalidades de análisis textual. Por el contrario, resulta ser una característica notable del pensamiento de este filósofo abrir perspectivas, al tiempo que en él se detecta un cierto talante irenista e integrador, abocado a reconocer agradecidamente las aportaciones previas procedentes de los raciocinios esgrimidos por diversos escritores interesados en la misma temática y en argumentos similares. De hecho, una estrategia expositiva utilizada con frecuencia por Ricoeur consiste en la elaboración de su pensamiento partiendo de lo ya desarrollado críticamente por otros filósofos, lo cual se convierte en objeto de estudio, teniendo en cuenta, sobre todo, tanto las posibilidades como las limitaciones de los métodos de análisis adoptados y de sus presuposiciones conceptuales respectivas. No obstante, conviene advertir, desde un primer momento, que el planteamiento del raciocinio puesto de relieve en los escritos de Ricoeur es primordialmente hermenéutico, proponiéndose como objetivo último la comprensión de sí mismo, en lugar de quedarse anclado en meras cuestiones metodológicas focalizadas en el análisis formal de textos, al que, sin embargo, se le otorga un valor crítico no desdeñable en modo alguno. Para adelantar la posición raciocinante adoptada por dicho pensador a este respecto, se precisa tener en cuenta la doble herencia conceptual por él recibida. Por un lado, Ricoeur no se olvida de reconocer una cierta deuda respecto a la tradición hermenéutica derivada del movimiento romántico, en la que se incluirían las disquisiciones promovidas por F. Schleiermacher y Dilthey. Es

en *Herméneutique* donde el primero de estos dos filósofos se propone fundamentar una hermenéutica general, una ciencia metódica de la interpretación que se encaminase a entender cualquier discurso extraño de carácter básicamente textual. Con Dilthey la hermenéutica se radicaliza al interesarse en la comprensión de la historia. Este pensador pretende dotar a las ciencias del espíritu de una metodología epistemológica tan respetable como la ostentada por las ciencias de la naturaleza. Para ello, Dilthey acudió en un primer momento a la psicología como método propenso a favorecer el internamiento en la autoconciencia del escritor que refigura textos determinados. Tal tarea antropológica le resulta muy atractiva a Ricoeur, quien, sin embargo, se inclina también por prestar la debida atención a la hermenéutica de signo ontológico desarrollada por Martin Heidegger y H.G. Gadamer, la cual, al negar una diferencia clara y distinta entre sujeto y objeto, en lo que a la comprensión se refiere, es necesariamente ametódica. Aunque Ricoeur acepta la preeminencia del comprender subrayada por la hermenéutica ontológica, no deja de notar que la condición estructurada del texto establece un paradigma de distanciamiento dentro de la pertenencia. Dicho de otro modo, la condición estructurada del texto hace necesaria la fase metódica del análisis para que la comprensión no sea arbitraria.

En *Temps et récit III* y *Du texte à l'action: Essais d'herméneutique II*, Ricoeur expone con cierto detalle la diferencia del pensamiento de Heidegger y Gadamer respecto al de Schleiermacher y Dilthey en lo que a la hermenéutica se refiere. Si este último filósofo se interesaba sobre todo en el conocimiento que proporcionaba la explicación, Heidegger afirma categóricamente en *El ser y el tiempo* que comprender es un modo de ser antes que un modo de conocer. En tal línea racionante se coloca también Gadamer cuando en *Verdad y método* critica a Dilthey, ya que el sentido del ser es la presuposición fundamental de toda hermenéutica, la cual, así concebida, no es en primer lugar una reflexión sobre las ciencias del espíritu, sino una explicitación del lugar ontológico donde éstas pueden edificarse, es decir, el ser en el mundo. Desde esta perspectiva, comprender un texto no consiste en encontrar un sentido inerte contenido en él, sino desplegar la posibilidad de ser, indicada por el texto.¹ Ricoeur acepta la sugerencia de Heidegger de trasladar la cuestión primera de la hermenéutica a la ontología, aun recordando que del pensamiento de dicho filósofo surgen, al menos, dos corrientes racionantes: la que pone el acento en los aspectos antropológicos, cuyo representante más emblemático sería R. Bultman, y la que subraya los aspectos relacionados con el len-

1. En *El ser y el tiempo* Heidegger concede relevancia superior a una potencialidad radical propensa a desarrollarse de muchos modos mas que a la actualización reduccionista de lo gratuitamente otorgado.

guaje, representada fundamentalmente por Gadamer. Ricoeur demuestra poseer un conocimiento adecuado de los escritos de Bultman, pero se sitúa más próximo a las ideas expuestas en la primera parte de *Verdad y método* de Gadamer, la cual es estudiada a la luz de dos conceptos mutuamente entrecruzados, el de la experiencia hermenéutica y el de pertenencia. Es precisamente esa noción de experiencia hermenéutica la avocada a defender que en el conocimiento se da una suerte de pertenencia a lo conocido, eliminándose así la diferencia nítida entre los respectivos ámbitos semánticos de significación del sujeto y del objeto, como si, de hecho, fueran contrapuestos. Ahora bien, lo conocido resulta ser lo novedoso y lo distinto, ya que, si no fuera así no se conocería nada.

Conforme se está observando, lo característico de la presencia actual de la hermenéutica en el terreno filosófico es que ha dejado de representar un método o canon exegético circunscrito a ciertas especialidades. Schleiermacher y Dilthey contribuyeron decisivamente a ello, protagonizando una progresiva profundización universal del problema hermenéutico central, consistente en el lugar epistemológico de la comprensión interpretativa. A este proceso le confirió la ontología fundamental de Heidegger un remate de consecuencias indesdeñables. Para este filósofo, la comprensión no es meramente un método, sino un modo de ser del sujeto. El pensamiento hermenéutico posterior a Heidegger considera a la comprensión interpretativa como fundamento de una ontología muy dependiente de la noción de historia, poniendo el acento en la textura temporal de dicho ser. En semejante contexto conceptual conviene colocar tanto la hermenéutica de la finitud de Gadamer como la hermenéutica de los símbolos, primero, y de los textos después, desarrollada por Ricoeur. En cualquier caso, el ser de lo real se explicita ahora, como sentido, en su devenir histórico, a la vez que se coloca en primer plano la peculiar configuración de los nexos correspondientes a la pragmática del discurso temporal. Teniendo en cuenta tal evolución de la hermenéutica, las páginas que siguen intentan exponer críticamente la propuesta insinuada en el pensamiento de Ricoeur cuando trata de la refiguración del mundo del texto, resultante del proceso pragmático descubierto a través del ejercicio de la lectura. En *Du texte à l'action: Essais d'hermeneutique II*, este filósofo afirma a tal respecto que interpretar un texto no consiste en reproducir el sentido otorgado al mismo por su autor real, sino en aceptar la nueva refiguración que se produce a través de la lectura realizada en el horizonte temporal del presente, el cual no se forma, sin embargo, al margen del pasado.² La convergencia de estas dos categorías

2. Al elegir como objeto de la interpretación la referencia al texto, Ricoeur se separa de la hermenéutica romántica que tenía como objeto la intención del autor.

temporales tiene lugar constantemente en el dominio de la tradición, del que no es factible prescindir. En tales circunstancias, la distancia existente entre el presente y el pasado se parece a algo así como a una caja de resonancias de las tradiciones culturales que una obra ha generado. Por consiguiente, al pasado no se le considera sólo como alteridad, sino también y fundamentalmente como pertenencia. Sin dejar de reconocer el distanciamiento entre el presente y el pasado, se advierte además que no puede prescindirse de éste para comprender aquél.

La confluencia de las categorías temporales, tanto de las mencionadas, referidas al pasado y al presente, como de las que aluden al futuro proyectado, tiene lugar, dentro del proceso hermenéutico propuesto por Ricoeur, cuando focaliza el ejercicio de la comprensión en la dinámica interna requerida por la estructuración del texto y en la capacidad de ésta para salirse más allá de sí misma. Conviene no olvidar, a este efecto, que se entiende por comprensión la capacidad de re-emprender el trabajo de estructuración del texto. Por otro lado, la tarea explicatoria consistiría en el esfuerzo puesto para actualizar los códigos subyacentes en esa estructuración. Estas dos nociones hermenéuticas, la comprensión y la explicación se convierten en referencias obligatorias e imprescindibles para, de algún modo, abordar el pensamiento de Dilthey, manifiestamente interesado en asignar a la explicación al ámbito de las ciencias de la naturaleza y a la comprensión al de las ciencias del espíritu. Para Ricoeur, las tesis de Dilthey, en su radicalidad, son insostenibles hoy en día. Desde la época en que especuló Dilthey, ha cambiado mucho lo implicado en la interrelación existente entre los dominios de las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu. Uno de los cambios más significativos ha sido el que introdujo el estructuralismo lingüístico al examinar con procedimientos explicativos -propios de las ciencias de la naturaleza- un objeto como el lenguaje, que pertenece a las ciencias del espíritu. Por tanto, se puede ya sostener la hipótesis de que el entorno ejecutivo de la explicación se ha desplazado; ahora ya no es coto exclusivo de las ciencias de la naturaleza, sino que hace acto de presencia también en los modelos propiamente lingüísticos. Incluso, con posterioridad al predominio del movimiento cultural estructuralista, en la hermenéutica moderna la interpretación ha sufrido transformaciones tan profundas que ha quedado muy alejada de la noción psicológica de comprensión, al menos en el sentido otorgado a ésta por Dilthey. Ricoeur advierte que el lugar donde se verifica este desplazamiento de la explicación, la interpretación y la comprensión es en la crítica de textos. Según lo expuesto por tal pensador en *Temps et récit II*, la relación existente entre explicación y comprensión es dialéctica. Ambas no constituyen sino dos estadios de un solo arco hermenéutico, explicitado de la siguiente manera: la interpretación es el paso que va desde

la comprensión ingenua a la comprensión versada a través de la explicación, la cual ejerce un necesario papel mediador.³ A todo esto Ricoeur agrega que, de hecho, comprender consiste en comprenderse delante del texto, es decir, recibir de él un conocimiento de sí mismo más vasto. El discurso del texto sería, por consiguiente, un medio que conduce a la comprensión propia. Tal consecuencia pone de relieve la dimensión antropológica del proceso hermenéutico aquí estudiado.

2.- Productividad autónoma de la escritura textual

Conforme se ha observado ya, la noción de texto fundamenta la tarea raciocinante propuesta por Ricoeur, frente a la tradición de la hermenéutica romántica, a la que dicho pensador alude y recurre como insoslayable punto de referencia, merecedor de ser tenido en cuenta con pertinente seriedad.⁴ Las propiedades del texto son las que determinan la interpretación y las que pueden ofrecer un lugar sólido a los mencionados fenómenos de pertenencia y distanciamiento que se dan en toda comprensión. Ahora bien, conviene dejar claramente establecido, y antes que nada, el posicionamiento adoptado por Ricoeur al delimitar el concepto de texto. Este pensador no demuestra reparo alguno en reconocer que el texto es fundamentalmente un discurso escrito. Según tal aserto básico, la fijación mediante la escritura es constitutiva del texto mismo, cuyo discurso se convierte en el acontecimiento del lenguaje. Lo que sirve de soporte a dicha teoría del discurso es la lingüística de la frase, la cual, al expandirse en el discurso escrito, produce el texto. Para expresarlo de modo algo diferente, la escritura, de alguna forma, especifica el discurso. Se precisa puntualizar que, de hecho, el primer rasgo que le añade la escritura al discurso es un principio de conservación: mientras el discurso oral es efímero, el escrito permanece. En consecuencia, la escritura no añade nada a la palabra, a no ser la fijación que otorga al texto una cierta autonomía desde el punto de vista significativo. La escritura hace al texto autónomo respecto a las intenciones del autor real, ya que el texto, una vez fijado como resultado del corres-

3. Para referirse al nexo trazado entre explicación y comprensión, en diversas ocasiones Ricoeur repite el conocido adagio hermenéutico: explicar es comprender mejor.

4. En la actualidad, el concepto de texto parece participar de la ambigüedad que suelen poseer todas las nociones evidentes. En *Nuevo diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje* Oswald Ducrot y J.M. Schaeffer ponen de manifiesto que la definición depende en primer lugar del ámbito cultural que se elija. Así, por ejemplo, se puede definir el texto desde su sentido restringido, en relación con la escritura, o desde un sentido más amplio que extiende la noción a otros ámbitos, llegando a hablarse de texto fílmico, musical, ... etc.. Manteniéndose en un sentido restringido, también se puede considerar el texto, desde el punto de vista ideológico, como precipitado de un trabajo productor o de ineludibles planteamientos sociales.

pondiente ejercicio promovido por el propio acto de escribir, no se encuentra abocado necesariamente a coincidir con aquello que, de alguna forma, ese autor real quería decir.⁵ No obstante, conviene no perder de vista que la escritura no aprisiona y sujeta al texto, imponiendo límites estrictos y coercitivos. Antes por el contrario, si Ricoeur utiliza con frecuencia el lexema obra, para referirse al texto, se debe principalmente a que éste es productividad nunca eliminada. El punto verificable de referencia es siempre el discurso escrito de dicho texto, con el que se cuenta y al cual conviene volver una y otra vez. Dicha constatabilidad no reside ya en declaraciones pronunciadas por el autor real. De aquí que el recurso a entrevistas con escritores, con el fin de dilucidar la comprensión hermenéutica del texto, no sólo puede resultar estéril, sino hasta realmente contraproducente, pues en algunas ocasiones acaso se logre ocultar lo revelado por el texto o, en otras, se llegue hasta desfigurarse notablemente aquello que se encuentra, de hecho, evidenciado, con claridad y nitidez, en la obra producida, la cual, a su vez, merece convertirse en objeto de análisis formales, sobre todo si se desea apreciar fielmente y con mayor profundidad lo en ella expresado del modo que fuere.

Afirma Ricoeur en *Temps et récit II* que cualquier tipo de análisis crítico no debe perder de vista que lo expuesto en el texto alude a algo considerado como la referencia del mismo. Este posicionamiento choca de frente con teorías dominantes en la poética contemporánea, orientada a rechazar de raíz la mínima insinuación de referencia extralingüística, en nombre de la estricta inmanencia correspondiente al lenguaje literario en sí mismo. Conviene mencionar a este respecto lo defendido por A.J. Greimas en *Du Sens I, Semántica estructural y Sémiotique et sciences sociales*, al corroborar abiertamente la imposibilidad de pasar del sentido a la referencia en la semiótica. Por otro lado, fue el propio Roland Barthes quien, en la época que escribió "Introducción al análisis estructural de los relatos," sugería la estricta homologación entre lenguaje y literatura.⁶ Ante juicios críticos de este calibre conviene puntualizar que no es fácil descubrir en todos los pormenores la posición de Ricoeur respecto al estructuralismo. En ocasiones, el talante irenista de su pensamiento hace difíciles las valoraciones. Lo que, no obstante, sí parece quedar

5. La idea de que un crítico meticuloso y bien documentado llegue a conocer determinados textos escritos, con un detalle y precisión superiores a los del autor real, ha sido estudiada, aludiendo a recursos sacados de la filosofía fenomenológica, por Otto Friedrich Bollnow en "What Does it Mean to Understand a Writer Better than He Understood Himself."

6. La oposición manifestada por Barthes a las propuestas hermenéuticas, en algún momento de su fragmentaria producción crítica, ha sido objeto de meticulosos y precisos estudios realizados por Réda Bensmaïa en *The Barthes Effect*, Ángeles Sirvent Ramos en *Roland Barthes: De la crítica de la interpretación al análisis textual* y Michael Moriarty en *Roland Barthes*

claro es su rechazo frontal al estructuralismo como filosofía. Sin embargo, no tiene inconveniente en aceptar que el análisis estructural dispone de su lugar en el estudio del texto, correspondiente a la actitud, siempre vigilante, adoptada por toda hermenéutica de la sospecha. En concreto, la crítica de Ricoeur al estructuralismo se fijaba en la ausencia de un distanciamiento claro y bien delimitado entre el plano semiótico de la significación y el plano pragmático de la comunicación, lo cual llevaba como consecuencia inmediata a no convocar al referente en el análisis y, por tanto, a hablar, en el mejor de los casos, de ilusión referencial.⁷ Por el contrario, Ricoeur tiene presente en sus análisis la cuestión del sentido y la referencia que ya, desde lo adelantado por G. Frege en *Estudios sobre la semántica*, había pasado a la fenomenología, llegando hasta desarrollarse en el marco de la filosofía del lenguaje. Este pensador defendía que el sentido de la frase no es la suma de los sentidos de las palabras, ya que este sentido incumbe a la frase como un todo y se encuentra vinculado al acontecimiento situacional del discurso. Se precisa tener en cuenta, a este respecto, que el origen de la terminología diferenciadora del sentido respecto a la referencia se halla en las preocupaciones de Frege cuando descubría que, en contextos opacos u oblicuos, dos objetos idénticos no podían intercambiarse sin modificar el valor de verdad de la proposición. Este descubrimiento sirvió para que el sentido fuera tratado genéricamente como la forma en que la referencia se presenta y se manifiesta en una expresión lingüística concreta. Dicho de otro modo, el sentido es aquello que dice el enunciado, mientras que la referencia o denotación sería aquello sobre lo que se dice el sentido. Por su vínculo con la referencia, el sentido sería objetivo, siendo subjetiva en todo caso la noción que Frege denomina representación.

3.- Reivindicación de la lectura referencial

Tanto en *la Métaphore vive* como en *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, Ricoeur mantiene que el texto nunca deja de tener referencia, consistiendo precisamente la tarea de la lectura, en tanto que interpretación, en efectuar semejante referencia. No debe perderse de vista, a este respecto, que ya en el discurso oral, cuando se emitía un mensaje, eran el aquí y el ahora, o lo entendido por Mikhail Bakhtin como una muestra concreta del cronotopo en *The Dialogical Imagination Speech Genres and Other Late Essays* y *Teoría y estética de la novela*, junto con el posicionamiento pragmático de dicho discurso, los que son capaces de determinar la referencia

7. Las estrategias retóricas, a las que con frecuencia alude Ricoeur, se incluyen en el ámbito delimitado por la pragmática.

última de la comunicación involucrada. Así pues, en la palabra viva, el sentido ideal de aquello que se dice va dirigido hacia la referencia real, es decir hacia aquello de lo que se habla. Ahora bien, no le pasa desapercibido a Ricoeur que tales características mencionadas, como el aquí y el ahora, el posicionamiento del discurso, la mostración, etc., sufren un cambio radical cuando se trata de textos escritos. Repárese en que al leer un texto, o una obra literaria, es fácil percatarse de que no hay un emisor inmediatamente presente, ni tampoco hay mostración ostensiva ni gesto alguno al que recurrir. Dicha ausencia pragmática ha sido enfatizada, con todo lujo de detalles y desde un punto de vista deconstrutor, por Jacques Derrida en *De la gramatología* y *La escritura y la diferencia*. No obstante, a pesar del carácter conciliador e irenista del pensamiento de Ricoeur, este filósofo no sabe incorporar las aportaciones deconstrutoras dentro de su propio razonamiento, ya que las considera contradictorias, según lo ha señalado Vicente Balaguer en *La interpretación de la narración. La teoría de Paul Ricoeur*. No está de más precisar, a este respecto, que Ricoeur olvida que, a veces, no sólo el sentido sino hasta la referencia pueden encontrarse repletos de contradicciones, paradojas y aporías, dignas todas ellas de la merecida consideración crítica. Por otro lado, dicho pensador parece objetar, también equivocadamente, al inmanentismo textual en el que caen los enfoques deconstructores. Conforme se ha advertido ya, tal objeción es válida en lo que concierne al estructuralismo, pero acaso pueda ser puesta en tela de juicio en lo relacionado con las propuestas de Derrida, quien no tiene reparo alguno en aludir, con cierta frecuencia, a fuerzas y vectores intratextuales que tratan de quebrantar, del modo que fuere, los aprisionadores límites inmanentes impuestos al texto.

Independientemente de la insuficiencia crítica demostrada por Ricoeur en relación con movimientos postestructuralistas de signo deconstrutor, conviene reconocer que dicho pensador se esfuerza por llegar a una referencia extratextual mediante el ejercicio de la lectura. La comparación o el paralelismo establecido por Ricoeur pudiera formularse del modo siguiente: Por un lado, en una enunciación determinada el crítico no suele contentarse con el sentido, sino que se pregunta por su referencia, es decir, por su pretensión y valor de verdad; pero, desde otra perspectiva, la aproximación hermenéutica al texto tampoco se detiene en la estructura inmanente o en el sistema interno de dependencias nacidas del entrecruzamiento de los códigos que en dicho texto funcionan, pues existe un deseo por poner de relieve el denominado mundo del texto que se ha conseguido proyectar. Por consiguiente, no está de más reiterar que, frente al inmanentismo del análisis estructural, afirma Ricoeur la necesidad de convocar la referencia en el texto, la cual procede de lo expresado en el acontecimiento del discurso. Dicha cuestión de la referencia

en las obras literarias es, sin duda, una de las aportaciones de Ricoeur a los estudios teóricos que se encuadran en el marco de la hermenéutica. Aun teniendo en cuenta lo que G. Frege parece defender en *Estudios sobre semántica*, Ricoeur sostiene que, en definitiva, permanece la distinción entre el ámbito lingüístico del sentido y el extralingüístico de la referencia. La estructura de la obra tal y como se encuentra configurada es su sentido, mientras que el mundo del texto se convierte en la referencia, la cual se construye en el momento de la lectura. Dicho de otro modo, aquello que alguien se imagina al leer, aquello sobre lo que se piensa, aquello de lo que se habla, es el mundo que se produce en la lectura de un texto. Ahora bien, tal referencia se crea a partir del sentido ya configurado en la estructura textual. Aquí se produce una desviación relevante respecto al habla cotidiana, donde la referencia precede en la mayoría de los casos de realidades extratextuales verificables, pues aquello sobre lo que se conversa o dialoga no deja de ser un objeto, presente o no, pero propenso a ser identificado. En cambio, en la obra literaria, por la supresión de las referencias ostensivas, los signos crean el sentido y éste construye la referencia. Por consiguiente, puede muy bien afirmarse que, en última instancia, el sentido, al actualizarse, crea la referencia.

4.- Especificidad de la postura hermenéutica

En *La Métaphore vive*, Ricoeur advierte que la metáfora contribuye a poner de relieve, de forma radical, la ocultación de la referencia ordinaria. Lo que, de hecho, realiza la metáfora consiste en efectuar un proceso de creación de referencias, dentro de un contexto apropiado, en donde merece destacar valores sensoriales o estéticos, según los casos. Ahora bien, si la metáfora se aplica a una redescrición de la realidad en el campo de esos valores, de modo muy semejante se alude con la narración al campo práctico de los hechos que acaecen, los cuales, por necesidad, implican la presencia de la temporalidad, dentro de la cual la acción pasa a ser acontecimiento. Por otro lado, no debe olvidarse que, dada la complejidad de las operaciones involucradas en las narraciones, no parece muy riguroso dedicarse a hablar, sin matices clarificatorios, de la producción de una nueva referencia. Ricoeur utiliza, a este respecto, el lexema “refiguración” de una realidad acontecida. En el paso de la configuración ya estructurada a la refiguración chocan el mundo ficticio del texto y el mundo real del lector, quien de hecho elabora el mundo del texto, adoptando distancias respecto a la realidad cotidiana, conforme era el caso también de lo acaecido con la metáfora. Así pues, conviene dejar establecido con claridad que el mundo del texto es la referencia que se produce al leer el texto, es decir, la refiguración de la realidad. El

mundo del texto se constituye en el referente de la obra literaria que, por estar en ruptura con el lenguaje ordinario, abre nuevas posibilidades de lo que Heidegger en *El ser y el tiempo* y Gadamer en *Verdad y método* llaman el ser en el mundo.⁸ Afirma Ricoeur en *Temps et récit II* que, en virtud de la recepción del texto por el lector y debido a la intersección de la experiencia ficticia con la experiencia viva y real del lector, el mundo del texto constituye la trascendencia immanente de dicho texto.

La noción del mundo del texto es la que permite a Ricoeur precisar su propia postura hermenéutica frente a la hermenéutica romántica y también en contraste con la hermenéutica ontológica. Frente a la hermenéutica romántica, con la noción del mundo del texto Ricoeur clarifica el objeto de comprensión: lo que hay que comprender en un relato no es a aquel que habla detrás del texto, sino aquello de lo que habla el texto, es decir, el mundo que la obra despliega en cierta manera delante del texto. Frente a la hermenéutica ontológica, la tesis de Ricoeur es que la categoría mundo del texto se encuentra constituida por figurativos de la imaginación y, por tanto, no pertenece a la realidad cotidiana. En consecuencia, en contraste con lo defendido tanto por la hermenéutica romántica como por la ontológica, Ricoeur mantiene taxativamente que el objeto de la hermenéutica por él propuesta se encuentra constituido por el mundo del texto. En tal postura se detecta una manifiesta oposición a la hermenéutica romántica, que parecía tener por objeto, en último término, la mente del autor real. Por otro lado, también Ricoeur se distancia de la hermenéutica ontológica que tiene en la lectura del texto el objeto de comprensión (con lo que, en cierta manera, la comprensión del texto queda a la deriva, pues se privilegia la intención del lector). Ricoeur concede prioridad manifiesta a lo configurado en el texto, lo cual es refigurado por el lector, llegando a producir el mundo del texto. La crítica literaria tiene como objeto la configuración, que es el ámbito de sentido. Ahora bien, cuando esta crítica quiere ignorar la referencia o absolutizar el sentido (pasando por alto o soslayando en la configuración tanto la prefiguración como la refiguración) se convierte en un ejercicio vacío.⁹ La refiguración, en cuanto productora del mundo del texto, resulta ser el resultado de la puesta en práctica de las instrucciones dadas al lector, presentes en el texto, teniendo en cuenta también el conjunto de los condicio-

8. En *Verdad y método*, Gadamer explica que cada representación viene a ser como un proceso óptico que contribuye al esclarecimiento de los rasgos existenciales de lo representado. Tal tarea representadora supone, en consecuencia, un manifiesto incremento del ser.

9. La prefiguración es el mundo anterior a la obra, común al autor y al lector. Si se tuvieran en cuenta las categorías adelantadas por F. Saussure en *Curso de lingüística general*, la prefiguración tiene su analogía en la lengua entendida como sistema, antes de ser actualizada en un hecho de habla.

namientos existenciales que afectan al lector, inmerso en unos valores culturales determinados. Puesto que estos condicionamientos pueden variar según los casos, en la crítica literaria no hay lugar para una última palabra convertida en instancia definitiva.

Al poner énfasis en el papel hermenéutico desempeñado por el lector, Ricoeur se preocupa por esclarecer la comprensión que éste tiene de sí mismo, tal y como lo ha explicado en *Soi-même comme un autre*. Tal comprensión es el resultado y el fruto de una narración autobiográfica en la que alguien se muestra como lo que es en comparación y contraste con lo que podría haber sido. Por consiguiente, el conocimiento de sí mismo encuentra en el relato una mediación privilegiada. Lo que alguien comprende sobre sí mismo no es sino el resultado de una articulación narrativa de los acontecimientos vividos. Ahora bien, el alcance de estos acontecimientos sólo se obtiene al comparar lo que se ha sido con lo que se podía haber sido, y esto último, lo posible, se conoce, sin haberlo vivido, por los relatos de ficción. Según Ricoeur, con este empadronamiento entre lo histórico y lo ficcional acaba por reconstruirse la identidad personal que, al fin y al cabo, es narrativa. Dicho filósofo, sin embargo, advierte que en el nivel de la configuración, manifestado en la estructura literaria o textual, no existen diferencias entre un relato histórico y otro ficticio. Ambos modos narrativos van precedidos por el uso del relato en la vida cotidiana. Sin embargo, en el plano retórico, en la estrategia de persuasión del autor dirigida al lector sí que se encuentra una diferencia notable entre el papel desempeñado por el historiador y el del novelista. Se precisa no olvidar, a tal respecto, que cualquier tipo de discurso textual, tal y como se encuentra configurado, se refiere siempre a un mundo llamado a ser descrito, expuesto y hasta representado. Por otro lado, el discurso no sólo llega a disponer de un mundo, sino también de un otro o un interlocutor al que, de alguna forma, se dirige. La dimensión pragmática de todo esto resulta difícil de ser soslayada y rebatida, pues lo que Ricoeur busca en el texto no es sólo lo dicho, sino el significado del acontecimiento de la emisión. En consecuencia, a la hora de emprender un análisis de lo escrito deben convocarse tanto los elementos de la lengua como también las respectivas dimensiones ilocucionarias y perlocucionarias.¹⁰ Es cierto que, conforme repite una y otra vez Ricoeur, el

10. Aunque con frecuencia reiterante se suelen asociar los estudios en torno a los actos de habla con el discurso oral, desde el punto de vista pragmático no deja de cobrar relevancia la consideración hermenéutica de los mismos, referidos a la escritura, tal y como se atreve a insinuarlo explícitamente el propio Ricoeur. En cualquier caso, debería acaso complementarse dicho enfoque pragmático con las consideraciones especulativas expuestas tanto por David R. Olson en *The World on Paper*, como por Alfonso Drake en *Hablar, hacer, causar. La teoría de los actos de habla en J.L. Austin*.

discurso escrito no puede dejar de referirse a algo, lo cual es conocido, de acuerdo con lo ya explicado, con la expresión «mundo del texto». No obstante, debe precisarse que dialogar con el texto implica que dicha conversación no se da entre escritor y lector, sino entre el texto y el lector. Quien, de hecho, responde o calla en ese diálogo es el texto, el cual, en cuanto obra estructurada, debe inscribirse en categorías de producción lingüística.

5.- Huellas refiguradoras de la referencia

En *Temps et recit I*, Ricoeur señala que en el relato de ficción se explica narrando, mientras que en el relato de la historia hay que argumentar de forma más explícita todavía, pues la explicación acaso resulte insuficiente. No obstante, la historia no puede prescindir ni tampoco romper con el relato, ya que no resulta factible rechazar la acción que implica agentes, fines, circunstancias, interacciones, resultados queridos y efectos no deseados. La trama constituye la unidad narrativa de base que compone y estructura estos ingredientes heterogéneos en una totalidad inteligible, nunca alejada de la acción convertida en acontecimiento al haberse situado también en el curso diegético de otras acciones. Tal acontecimiento relatado, y por consiguiente inserto en la memoria, dispone todavía de relevancia para el presente. Por otro lado, Ricoeur advierte que el acontecimiento recibe una inteligibilidad derivada de su contribución al proceso evolutivo o rupturista de la trama. En conformidad con todo esto, ya puede sostenerse que la representación histórica, en tanto en cuanto versa sobre un curso determinado de acciones, posee un vínculo muy estrecho con diversas modalidades narrativas, dignas de la merecida consideración crítica. En cualquier caso, lo que configura el historiador intenta convertirse en una reconstrucción más o menos cercana de lo que algún día fue real. Parece que, de esa forma, se trata de satisfacer una deuda contraída respecto a los seres humanos de otros tiempos. En *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Ricoeur advierte que si la historia es la representación de un pasado que fue real, esto significa primeramente que ese pasado fue, pero ya no es. La deuda con el pasado real sólo existe si se hace presente de alguna manera, bien sea a través de archivos, crónicas, datos, documentos, vestigios... etc.. De dicha enumeración, el elemento más significativo es el documento, ya que él puede incluir a los demás. De hecho, en la epistemología de la historia, el documento es el apoyo garante de lo que se afirma, pero respecto del pasado real el documento significa, es decir, funciona como huella dejada por ese pasado. La huella es a la vez un resto y un signo de aquello que fue y ya no es.

Conforme se está observando, la narración de la historia posee un doble aspecto: por una parte es creación o configuración representadora del pasado,

mientras que, por otra, la referencia a la que apunta no es sólo la creada por los signos textuales del relato, pues algunos de éstos son huellas y se encuentran enriquecidos con un valor representador repleto de una referencialidad indirecta para con el pasado. En la remisión de éste es donde se percibe la relación entre la huella y lo que Ricoeur denomina deuda con el pasado. Huella y deuda van juntas, pero no se identifican. La deuda es el resorte para reactivar el pasado; la huella es el camino obligatorio al que se debe recurrir, teniéndolo siempre en cuenta.¹¹ El historiador, antes que nada, se halla en relación de deuda con el pasado, no pudiendo convertirse sólo en un mero narrador. En *Temps et récit III*, se advierte que la relación con el pasado debe ser pagada tanto por el propio historiador como por los lectores de lo que él escriba a este respecto. La deuda provoca el nacimiento de un deseo encaminado a devolver lo debido a lo que es y a lo que fue. Por otro lado, la huella es el camino por el que el historiador reconstruye el pasado, lo presenta y hasta lo representa ante el lector. Insiste Ricoeur en que deben darse tres condiciones para que un acontecimiento histórico del pasado pueda persistir en el presente: primero, debe poder objetivizarse el acontecimiento, pensándolo con la mayor imparcialidad posible; después, se debe repensar el pasado al referirse de nuevo al acontecimiento en cuestión; finalmente, hay que considerar ese pensamiento como idéntico al primer pensar sobre el pasado. Dicha noción del pasado como identidad la encuentra Ricoeur presuntamente ilustrada en el concepto de la historia como reefectuación de lo acaecido, conforme se evidenciaba también en las disquisiciones argumentativas de R.G. Collingwood, expuestas en *The Idea of History*. Esas tres condiciones pertinentes al acontecimiento historiado, a juicio de Ricoeur, se corresponden con las tres fases que recorre el análisis de Collingwood sobre dicha temática, a saber: a) el carácter documental del pensamiento histórico; b) el trabajo de la imaginación en la interpretación del dato documental; c) la ambición que tienen las construcciones de la imaginación, de operar como reefectuación del pasado.

A pesar de los esfuerzos puestos por el historiador a la hora de demostrar su fidelidad con el pasado en los hechos por él relatados, Ricoeur reconoce que tal identidad perfecta entre esos dos momentos, el de la acción narrada y el de la narración, no se consigue nunca y, en consecuencia, tampoco se produce un conocimiento definitivo del pasado, puesto que éste no sólo es lo mismo, sino también lo otro. Esta segunda alternativa ve en la historia una declaración de alteridad entre el pasado y el presente, subrayándose así tanto la distancia temporal como la diferencia. Si bien es verdad que una

11. En *La lectura del tiempo pasado*, Ricoeur afirma que la deuda obliga, no siendo un mero corolario de la huella y aún menos un sinónimo. La huella requiere ser superada y es pura remisión al pasado, significando, sin obligar.

apología de la diferencia no hace justicia a lo que hay de positivo y persistente en el presente que proviene del pasado, no puede soslayarse la cuestión de la distancia temporal entre el momento en que sucedieron los hechos y el ahora del presente. Esta distancia sobredetermina todavía más el alejamiento axiológico y de extrañeza respecto a las costumbres del pasado.¹² Ahora bien, si esto fuera así de manera absoluta, habría que concluir afirmando que el conocimiento del pasado es imposible. Para resolver semejante aporía, manteniendo la noción del pasado como lo otro y salvando su capacidad de ser conocido, Ricoeur introduce un concepto que parece determinante: la actitud ante el pasado. En *Le temps raconté*, afirma este pensador que cuando la curiosidad toma el lugar de la simpatía, lo distinto llega a convertirse en extraño. Pero si lo que permanece es la simpatía, la diferencia que separa puede sustituirse por la diferencia que enlaza, de tal manera que, al mismo tiempo que la diferencia pierde su pureza trascendental, pierde también su univocidad, pues la distancia temporal puede ser valorada en lo que son sus opuestos. Por consiguiente, la representación del pasado debe atravesar también el filtro de lo que es y no es lo otro.

Aun teniendo en cuenta los intentos esgrimidos para satisfacer la deuda contraída respecto al pasado y valiéndose en parte de las huellas que de ese pasado se disponen, en *Temps et récit III* reconoce Ricoeur que entre un relato y el curso de los acontecimientos en él expuestos no se produce una relación de reproducción y reduplicación o de equivalencia, sino una relación metafórica, resultando casi imposible prescindir de ingredientes ficcionales a la hora de configurar el discurso escrito de carácter histórico. En consecuencia, conviene no desdeñar en modo alguno el entrecruzamiento de la historia y la ficción. Hay que puntualizar que dicho entrecruzamiento implica una estructura fundamental, tanto ontológica como epistemológica, en virtud de la cual la historia y la ficción no concretan su intencionalidad respectiva sino tomando prestada la intencionalidad de la otra. Al estar asociadas en la comprensión de sí y en la forma narrativa, las modalidades adoptadas por la historia y la ficción aparecen en cierta manera contaminadas, llegándose a entender la ficción al modo de una historia real, del mismo modo que se comprende la historia según los modelos de ficción. La diferencia clave existente entre ambos modelos apunta a los respectivos mundos del texto, refigurados por los lectores. En el caso del discurso histórico, el mundo del texto se corresponde con lo real, con lo ocurrido. En el caso del discurso ficticio, en ese mundo se incluye lo que podía haber acaecido. Para decirlo de modo algo diferente, los efectos de

12. En *Temps et récit III*, Ricoeur recoge la apología más radical de la diferencia, refiriéndose a las contribuciones racionantes de Michel de Certeau expuestas en *L'écriture de l'histoire*.

la lectura forman el complemento adecuado con que la ficción responde a la historia. Si la intencionalidad de ésta se encuentra marcada por la representación del pasado, la ficción desempeña un papel funcional revelador y hasta transformador de la práctica cotidiana. Ahora bien, en modo alguno debería pensarse en una oposición tajante o en un abismo insalvable entre el discurso histórico y el ficcional, sobre todo si se tiene en cuenta el interés puesto por Ricoeur en dejar claramente establecida la correspondiente complementariedad temporal de ambos discursos. Si la historia se refiere al tiempo pasado, una de las funciones de la ficción consistiría precisamente en explorar ciertas significaciones temporales que el vivir cotidiano nivela o deja de lado por ser diferentes, aunque resulten posibles. La voluntad de representación del relato histórico se corresponde con la voluntad de significación del relato ficticio. En *Temps et récit III* se explica, a dicho respecto, que el relato histórico recibe del relato de ficción una voluntad significadora que consiste fundamentalmente en la figuratividad. Por otro lado, el relato ficticio recibe, a su vez, una determinación básica en su proceso de semiotización que procede del relato histórico. Dicho de otra manera, para el relato de la historia los acontecimientos son pasados y tal condición ineludible se transmite al relato de ficción. No obstante, hay que reiterar una vez más que la historia se refiere a lo ocurrido, mientras que la ficción alude a lo que podría ocurrir. En consecuencia, es cierto que, por un lado, en el pacto de lectura se refigura el mundo del texto, concediéndosele al historiador la posibilidad de utilizar las estrategias específicas de la ficción. Sin embargo, no debe perderse de vista que, en definitiva, lo documentado en el discurso histórico posee como referencia última un curso de acontecimientos reales.

A la hora de recapitular brevemente lo que precede, no está de más reiterar que, en la tarea hermenéutica propuesta por Ricoeur, interpretar un texto no consiste simplemente en reproducir el sentido otorgado a la configuración del mismo por su autor real, sino más bien en aceptar la nueva refiguración de sentido materializada en el mundo del texto, convertido éste en producto de la lectura realizada dentro del horizonte temporal del presente, el cual no se forma, sin embargo, al margen del pasado. Debido al papel indiscutible desempeñado por el lector en tal empresa, conviene no perder de vista que comprender consiste en comprenderse a sí mismo delante del texto, recibiendo de él un conocimiento más amplio que el poseído con anterioridad. Por consiguiente, el discurso del texto se convierte en un medio que conduce a la comprensión propia. Son, en última instancia, las propiedades del texto no sólo las que determinan la interpretación sino también las que muy bien pueden ofrecer un lugar sólido a los fenómenos de pertenencia y distanciamiento que se dan en toda comprensión. El lector no se identifica totalmente con el discurso

textual, pues no ha sido configurado por él. Esta ausencia de identificación produce un cierto distanciamiento que, sin embargo, se ve aminorado por la pertenencia del mundo del texto al lector que lo ha refigurado. Es en el paso de configuración del texto, realizada por el autor real, a la refiguración llevada a cabo por el lector en donde chocan el mundo ficticio del texto y el mundo real del lector, que, de hecho, llega a producir el mundo del texto, convertido en referencia extralingüística de lo expuesto. En consecuencia, Ricoeur repite una y otra vez que cualquier tipo de análisis crítico no debe perder de vista lo expuesto en el texto, es decir su sentido, aunque se precise trascender los límites estructurales del mismo, para vislumbrar el ámbito de lo real en el caso del discurso histórico, o el amplio abanico de posibilidades abierto por el denominado discurso ficticio. En cualquier caso, la fidelidad al sentido del texto resulta imprescindible como punto de partida, aunque se ha de dar un salto hermenéutico que conduzca al conocimiento tanto de la referencia refigurada por el lector como a la comprensión de sí mismo obtenida en tales circunstancias. Gran parte de los escritos del pensador aquí estudiado se han encaminado a evidenciar esa doble tarea involucrada en una aproximación textual que nunca resulta poseer carácter cerrado y definitivo, encontrándose siempre abierta a nuevas correcciones tal vez sorprendentes y hasta enriquecedoras.

OBRAS CITADAS

- Bakhtin, Mikhail. *The Dialogical Imagination*. Austin: University of Texas Press, 1981.
- *Speech Genres and Other Late Essays*. Austin: University of Texas Press, 1986.
- *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1989.
- Balaguer, Vicente. *La interpretación de la narración. La teoría de Paul Ricoeur*. Pamplona: Eunsa, 2002.
- Barthes, Roland. "Introducción al análisis estructural de los relatos." *Comunicaciones* 8 (1970): 9-43.
- Bensmaïa, Réda. *The Barthes Effect. The Essay a Reflective Text*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987.
- Bollnow, Otto Friedrich. "What Does it Mean to Understand a Writer Better than He Understood Himself." *Philosophy Today*. XXIII, 1/4 (Spring, 1979): 16-28.

- Certeau, Michel de. *L'écriture de l'histoire*. Paris: Gallimard, 1975.
- Collingwood, R.G.. *The Idea of History*. Oxford: Clarendon Press, 1956.
- Derrida, Jacques. *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1971.
— *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos, 1989.
- Drake, Alfonso. *Hablar, hacer, causar. La teoría de los actos de habla en J.L. Austin*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 2001.
- Ducrot, Oswald y J.M. Schaeffer. *Nuevo Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Madrid: Arrecife, 1998.
- Frege, G.. *Estudios sobre semántica*. Barcelona: Ariel, 1971.
- Gadamer, H.G.. *Verdad y método: Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Sígueme, 1977.
- Greimas, A.J.. *Du Sens I*. Paris: Seuil, 1970.
— *Semántica estructural*. Madrid: Gredos, 1971.
— *Sémiotique et sciences sociales*. Paris: Seuil, 1976.
- Heidegger, Martin. *El ser y el tiempo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1971.
- Moriarty, Michael. *Roland Barthes*. Stanford: Stanford University Press, 1991.
- Olson, David R.. *The World on Paper*. Cambridge: Cambridge University Press, 1994.
- Ricoeur, Paul. *La Métaphore vive*. Paris: Seuil, 1975.
— *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. México: Siglo XXI-Universidad Iberoamericana, 1995.
— *Temps et récit I*. Paris: Seuil, 1983.
— *Temps et récit II*. Paris: Seuil, 1984.
— “Le temps raconté.” *Revue de métaphysique et morale*. 89 (1984): 436-451.
— *Temps et récit III*. Paris: Seuil, 1985.
— *Du texte à l'action: Essais d'herméneutique II*. Paris: Seuil, 1986.
— *Soi-même comme un autre*. Paris: Seuil, 1990.

— *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1999.

Saussure, F.. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada, 1946.

Schleiermacher, F.. *Herméneutique*. Genève: Labor et Fides, 1987.

Sirvent Ramos, Ángeles. *Roland Barthes: De la crítica de la interpretación al análisis textual*. Alicante: Universidad de Alicante, 1989.